

EL ARQUITECTO GIO PONTI EN LA ASAMBLEA

El notable arquitecto italiano Gio Ponti, autor de interesantes edificios y director de la desaparecida revista Stile, y ahora de Domus, fué invitado por la Dirección General de Regiones Devastadas para visitar España, y aprovechó su estancia en nuestro país para acompañar a los asambleístas en todas sus reuniones y viajes.

En dos ocasiones—una en Barcelona y otra en Valencia—fué invitado por el presidente de la Asamblea, Director General de Arquitectura, Francisco Prieto Moreno, a hacer uso de la palabra. Y, en gentil italiano, el arquitecto Ponti dió a conocer su pensamiento sobre los candentes temas arquitectónicos de nuestro tiempo. En las líneas que a continuación siguen hemos procurado transcribir las palabras de nuestro colega.

El Presidente de la Asamblea.—El arquitecto Gio Ponti tiene la palabra.

Gio Ponti.—Agradezco mucho el honor que se me hace al dirigirme en esta Asamblea a mis colegas españoles. Mi vida está construida, no sobre un programa determinado, sino sobre una serie de episodios. Entre ellos, este viaje a España, en un momento en que se está de vuelta de tantas cosas, ha de ser uno de los episodios que más afectarán mi próxima tarea.

La tradición y las costumbres nos han legado un fondo impalpable e inmaterial del que proviene la civilización y el honor de los pueblos antiguos. Por ejemplo, la primitiva casa popular catalana puede parecer, y quizá lo sea, el antípoda de lo que hoy se exige como normas de higiene. Ciertamente, de esa casa no se deriva ninguna enseñanza que haya de servir para el confort actual; pero sí brota de ella un fruto de espiritualidad de la mayor y más sagrada importancia.

Se habla mucho de la casa prefabricada. No sé si con el ideal exclusivo del frigidaire, del cuarto de baño y demás, podremos llegar a construir algo tan digno y elevado como lo han hecho las civilizaciones anteriores.

La condición de nuestra época es terrible, porque en tanto los que nos precedieron trabajaban para Dios, la familia o la belleza, nosotros trabajamos, casi exclusivamente, para la economía.

He pasado hace poco por Bruselas, y tengo aún ante mis ojos la visión de la maravillosa Gran Place. Esta plaza ha surgido con tanta belleza por el grado de dignidad, honor y moralidad de que estaba impregnada aquella civilización.

Nuestro mundo se va mecanizando demasiado, y esto es peligroso. Vamos a tener fe en el espíritu latino y confiemos en que este espíritu ha de ser el salvador de todo lo que es y ha sido la base de la vida del hombre, y que trágicamente estamos perdiendo.

El mundo—se observa con dolor—va perdiendo nobleza y dignidad. España es muy afortunada en este sentido. En mi país, Italia, una

falsa y sedicente modernidad está alejándonos de la belleza. Los arquitectos españoles podeis traer una noble aportación a la arquitectura moderna sin necesidad de seguir el estilo que impera en el mundo.

Nuestra época es profundamente dramática. A caballo entre el definitivo fin de un pasado irrepetible y el futuro desconocido, los hombres de estos tiempos tenemos que trabajar apoyados únicamente en un riguroso y entrañable sentido de tradición y cultura.

Ahora tenemos el aspecto económico mandando, demasiado brutalmente, sobre todo. Cualquier burdo anuncio de un dentífrico se coloca ahora irrespetuosamente en un edificio; horrible condición y servidumbre de la arquitectura de nuestra época. Hay que procurar devolver a la ciudad y a la vida la belleza y dignidad que están perdiendo.

Si hasta ahora hemos pensado tanto en la organización, vamos a pensar también en el hombre, desde el punto de vista social, desde luego, pero también desde el humano y el artístico.

No nos enorgullecamos tanto de las conquistas técnicas que estamos realizando. El fluir de los siglos demostrará qué ingenuas eran.

El sensacional invento de la máquina de vapor no emociona hoy a nadie. Pero la catedral gótica, el Partenón, los cuadros de Goya, son cimas auténticas en el hacer del hombre sobre el mundo.

La casa de vecindad es un servicio social de primera importancia. También lo es, no lo olvidéis, la obra de arte de arquitectura que puede iluminar y confortar a todos: que tiene una enorme importancia social educadora.

Con la iglesia de San Marcos, de Venecia, sus arquitectos nos dieron, no sólo un edificio funcional, sino una cosa maravillosa, de la que cualquier veneciano, pobre o rico, se enorgullece al exclamar: «Mio San Marco.»

Yo, que vivo preocupado por este tormento de la coyuntura de la historia, quiero tener con vosotros una confidencia:

Encuentro entre vosotros incertidumbre y titubeo. Desechad eso, si me permitís el consejo; haced tranquila, serena y honradamente la arquitectura que salga de vosotros mismos. Y, sobre todo, vosotros, jóvenes, trabajad con cuidado, porque os espera una tremenda y extraordinaria responsabilidad arquitectónica.

Al final de su intervención, el arquitecto Gio Ponti fué invitado por el profesor Bassegoda a dar su opinión sobre el arquitecto catalán Gaudi.

Sus palabras fueron:

«Confieso que, cuando hace veinte años, estuve en España, no entendí nada de Gaudi. Entonces se decía de él en Europa que era un tipo curioso, que hacía una personal y original arquitectura, muy antieconómica.

Hoy, después de veinte años de trabajo y experiencia, no sólo arquitectónica, sino de cultura

general; después de conocer la importancia de Picasso y de Dalí, los estudios de Freud, de todo el movimiento intelectual de estos últimos veinte años; hoy, digo, la arquitectura de Gaudi se ilumina con una extraordinaria importancia artística y poética.

Le Corbusier ha dicho una gran verdad: «Un edificio debe cantar.» Y en la obra de Gaudi hay un canto potente.

Su obra es, en el parque Güell, precursora de la mayor parte de la escultura abstracta de estos tiempos. Y en este sentido sería magnífico hacer una moderna publicación de la obra de Gaudi en su relación con el arte plástico mundial.

Respecto a su trabajo más importante, la Catedral de la Sagrada Familia, que no se podrá continuar, y estaréis de acuerdo conmigo, no ciertamente por un motivo económico, es algo que representa el sueño y la voluntad de un hombre eminente. Yo celebraría que cuidáseis de esta gran obra de poesía, suspendiendo definitivamente la continuación de los trabajos y estableciendo un sencillito recinto a su alrededor que honre y aísle el monumento.»

Intervención de Gio Ponti en la Ponencia «Tendencias estéticas actuales».

«En Italia pueden apreciarse tres tendencias arquitectónicas. Una, vagamente definida como funcional; otra, irracional, que sigue las ideas de Le Corbusier, y una tercera, orgánica, de acuerdo con las normas de Frank Lloyd Wright.

La primera está en decadencia. Toda arquitectura es funcional en tanto sirva la función que se le ha encomendado. Hace veinticinco años, con esta palabra queríamos señalar que la arquitectura debía reducirse a la pura y simple expresión de la función; pero esto no es obstáculo para que en un edificio de otras épocas, por ejemplo, el castillo de Bellver, que sirvió perfectamente a su funcionalismo, para nosotros pasado, quede la belleza creada por una civilización.

La segunda tendencia, que llamo irracional, y que sigue las directrices de Le Corbusier, declina en Italia, porque nuestra «madura» juventud se aparta del pensamiento clásico de Le Corbusier y se siente más atraída—y en esto ha influido mucho la guerra, con el éxodo de arquitectos italianos a Estados Unidos—hacia la libre articulación de todos los elementos del edificio que propugna la arquitectura de Frank Lloyd Wright en su expresión de arquitectura orgánica.

Finalmente están los muy jóvenes, que, ignorando el arte que les ha precedido y dando de lado también a estas tendencias que acabo de mencionar, proyectan y construyen en un estilo totalmente libre y moderno. Como resumen, pues, en Italia, la arquitectura que se está haciendo podrá o no ser bella; pero está absolutamente al margen de estilos históricos.»